

¿Y cuánto no podría añadir, si quisiera bosquejar solo á grandes rasgos las variaciones perpétuas de la Reforma desde su nacimiento? Bossuet ha escrito una larga historia de ellas, que nadie ha podido desmentir, y á la que no puede responderse sino sosteniendo contra la evidencia que la verdadera Iglesia puede variar en su doctrina; es decir, que la doctrina de la Iglesia de Jesucristo puede no ser la de Jesucristo. Pero Bossuet no ha escrito la última página ni el último tomo, y esa variabilidad inherente al principio de los reformados ha producido, desde que vivió el grande obispo de Meaux, efectos tan deplorables, que el célebre autor protestante del *Banquete de Theodulo* hacia notar su triste realidad, hace solo cuarenta años, en esta elocuente frase: «Si Lutero y Calvino volvieron sobre la tierra, se sorprenderían en extremo de no ser de la religion que ha tomado de ellos su denominación (1). ¿Y no se ha visto hace pocos años á ministros protestantes obligar á sus recipiendarios, no solo á firmar, sino á jurar un formulario de fe?...; Hasta tal punto conocen que les falta la unidad, y que la anarquía doctrinal invade cada vez mas las almas, como un cáncer indomable (2)!

(1) *Banquete de Theodulo*, traducido al francés con el título de *Conversaciones filosóficas*, etc., por el baron de Stark, ministro protestante.

(2) En la sola Confesion de Augsburgo se halla impreso el artículo de la Cena de cuatro maneras diversas: ¿cual es la verdadera?... Enormes diferencias separan á los calvinistas de los luteranos y de los anglicanos. Los primeros se han dividido ellos mismos entre sí. Hoy se rechaza en Ginebra la doctrina de Calvino, pues nada se dice sobre la divinidad de Jesucristo. El catecismo, la liturgia, las lecciones de los profesores de teología, la traducción de la *Biblia* publicada en Ginebra en 1807, las predicaciones de los pastores, las tesis públicas, todo anuncia un descenso hacia el cristianismo. Han sido expulsados los ministros Empeytas, Mejanet y Malan, que no querían someterse á ese sistema. Estos hechos son notorios, y están confesados hasta por autores protestantes.

Véase en la *Historia de las sectas religiosas*, por Gregoire, el capítulo que trata del *Estado reciente del protestantismo*.—Los números 284 y 285 de periódico el *Amigo de la Religion*, Paris, 1817.—La *Coleccion de discursos pronunciados en el sínodo protestante de Ginebra* desde 1830.—El *Guia del catecúmeno valdense*, por monsenor Chervaz, t. I, lib. III, conversación 2.ª sobre las variaciones y las contradicciones de los protestantes de

Solo, pues, á la Iglesia católica pertenece la unidad invariable de doctrina: segunda prueba de que ella sola posee el verdadero cristianismo.

Tambien ella es la única que nos ofrece la autoridad necesaria para trasmitir pura é intacta, y conservar sin

Alemania, Suiza, Inglaterra y Francia.—La *Estadística religiosa* de los Estados-Unidos en los *Anales de filosofía cristiana*, t. XIII.—La *Excelencia de la religion católica*, por Milner, t. I, carta 14.—La *Simbólica de Mæther*, lib. II; y sobre todo, la sabia obra de Hæninghaus, la *Reforma contra la Reforma*, t. I, cap. I; t. II, cap. VIII.

Véase tambien un excelente artículo de M. Enrique de Riancey sobre los sínodos protestantes mas modernos, en el *Amigo de la Religion*, 1849, núm. 4,389.

No será quizá inútil citar aquí una parte al menos de las sectas comprendidas bajo el nombre colectivo de protestantes y engendradas por la Reforma: los anglicanos, los colegianos, los callados, los llorosos, los indiferentes, los multiplicantes, etc.; los cuáqueros, los shákeros, los gruñidores, etc.; los metodistas, los generacionistas, los southcolistas, los anabaptistas, los adiaforistas, los entusiastas, los pneumáticos, los brownistas, los interimitas, los mennonitas, los berboritas, los calvinistas, los evangélicos, los labadistas, los luterano-calvinistas, los baptistas, los luterano-baptistas, los universales-baptistas, etc., etc.; los luteranos, los muncerianos, los sabbaterianos, los puritanos, los arminianos, los socinianos, los zwinglianos, los presbiterianos, los antipresbiterianos, los luterano-zwinglianos, los calvino-zwinglianos, los oziandrianos, los luterano-oziandrianos, los stancerinianos, los syncretinianos, los synergianos, los ubiquistas, los pietistas, los konakerianos, los versechorianos, los latitudinarianos, los cecederjanos, los burrignonianos, los camisarianos, los glasinianos, los sandemanianos, los hutchinsonianos, los cameronianos, los filipistas, los marechalhanos, los necesarianos, los hopkinsianianos, los edwasianos, los prestilianos, los relief-cecederianos, los burgerianos, los antiburgerianos, los bereanianos, los ambrosianos, los monasterianos, los anomeanos, los munsterianos, etc.; los mamitarios, los clancularios, los grubenarios, los stableorios, los bacularios, los nupedales, los sanguinarios, los confesionarios, los unitarios, los trinitarios, los antitrinitarios, los convulsionarios, los anticonvulsionarios, etc.; los impecables, los regocijados, los rustadios, los taciturnos, los demoniacos, los libres, los apostólicos, los espirituales, los olleros, los pastorcidas, los conformistas, los no-conformistas, los episcopales, los místicos, los concienzudos, los schvedenborgianos, los uckwallistas, los janjacobosianos, los herrnhutas, etc., etc., etc.

Todas estas sectas se apoyan en el mismo principio, y deducen lógicamente de él sus doctrinas opuestas, al paso que entre los católicos no puede formarse una secta sino á condicion de cesar de ser católica, conculcando el principio de autoridad infalible, que es la base de nuestras creencias, y que demostraremos aquí por medio de la razon.



alteracion la doctrina de Jesucristo entre los hombres. Habiendo bajado este del cielo á traer al mundo una religion y á tanta costa, es evidente que no pudo ser su voluntad hacer una obra sin consistencia; ni pudo carecer en esa obra, él que es la sabiduría increada, de esa sabiduría vulgar, de ese buen sentido comun (si es permitido hablar así), que dirige á todo legislador, á todo fundador de una sociedad cualquiera. Ahora bien, ¿entrega un legislador sus leyes á las interpretaciones caprichosas de cada cual, ni las arroja como un juguete en medio de los embates permanentes de los intereses y de las pasiones, sin una autoridad que las conserve y que en caso necesario juzgue en última instancia? No, porque eso sería hacer y deshacer. ¿Intenta el fundador de una sociedad constituir la sin un poder que tenga el derecho y la fuerza para hacerse obedecer? No, porque eso sería querer el fin sin los medios, querer la anarquía y la muerte de esa sociedad: eso sería, en ese legislador, en ese fundador, contradicción, desvario, locura. Si Jesucristo, pues, no hubiese establecido en la sociedad religiosa de almas que ha fundado, una autoridad suficiente para mantener intactas las leyes que imponía á la inteligencia y á la voluntad de los cristianos, y terminar sin apelacion las contestaciones relativas á esas leyes; si no hubiese dado á esa autoridad el derecho y la fuerza de hacerse obedecer por todos los miembros de su Iglesia, habria procedido como no se puede proceder sin incurrir en contradicción, en desvario, en locura. Esto es una horrible blasfemia: luego Jesucristo ha establecido esa autoridad; y es esto tanto mas cierto, cuanto que, siendo Dios, sabia perfectamente que desde el primer siglo hasta nuestros dias, habria casi continuamente cismas y heregias; y que tantas opiniones, sistemas y errores, como debian llamar frecuentemente en su auxilio á todas las pasiones humanas, no podrian menos de destruir naturalmente su obra.

Pero para que esa autoridad establecida necesariamen-

te por Jesucristo no sea una quimera, es preciso que la haya hecho infalible en materia de doctrina, porque si podia engañarse y hacer incurrir á los fieles en el error, no tendria ni el derecho ni la fuerza de hacerse obedecer. Dios nos ha dado, en efecto, la inteligencia y una voluntad libre, nobles facultades que no pueden depender mas que de él solo, ó de aquellos á quienes haya dado el privilegio de mandar en ellas en su nombre: de lo contrario, someterse seria para el hombre una cosa peor que el vasallaje vergonzoso de un rey arrodillado delante de su igual. Ahora bien, Dios, que es la verdad suprema, la verdad por esencia, no puede obligarnos á abrazar el error; luego es necesario que preserve del error á la autoridad á quien quiere que nos sometamos en materia de doctrina religiosa.

Adviértase por otra parte que es absolutamente necesaria una autoridad viva é infalible para la muchedumbre, incapaz de discernir ni interpretar, por sí misma, la doctrina de Jesucristo; y no es menos necesaria tambien para los talentos cultivados, y hasta para los genios, á fin de fijarlos, de impedirles que sustituyan sus sistemas á la verdad, ó que la alteren por la mezcla de sus propias ideas. Negar, pues, la existencia de esa autoridad en la verdadera Iglesia es acusar á Jesucristo de haber dejado sin satisfacer la necesidad de todos en una obra que hacia para todos; es acusarle de haberse conducido como un mal padre y como un político inepto, de haber sido menos que un hombre vulgar en una constitucion divina.

No hay tal, exclaman aqui los reformados, porque existe otro medio de conocer con certeza la doctrina del Hombre-Dios, cual es la lectura de la Biblia hecha con la asistencia del Espiritu Santo (1).—De ahí se desprende que

(1) Véase la excelente obra intitulada: *La lectura de la sagrada Biblia en lenguaje vulgar juzgada segun la Escritura, la tradicion y la sana razon*, por J. B. Malou (*Anales de filosofia cristiana*, série III, t. XVII).—«La reforma, dice M. Monod (en su opúsculo *Lucilo ó la lectura de la Biblia*), se cifra toda ella en este principio: que un cristiano puede y debe leer la Biblia él mismo, implorando las luces del Espiritu y Santo.» Cbi-



según el sistema protestante, Jesucristo habría adoptado para hacer llegar su doctrina á conocimiento de los fieles, un medio cuyo uso sabía que sería físicamente imposible para la mayor parte de aquellos *por espacio de catorce siglos!* Porque él, cuya mirada divina penetraba claramente en el porvenir, no ignoraba que antes de inventarse la imprenta, no habría en el mundo mas que un número de biblias manuscritas, infinitamente pequeño en comparacion del inmenso número de fieles. Tenemos, pues, que la negacion de la autoridad infalible en la Iglesia arrastra á la reforma á esta consecuencia: que Jesucristo ha frustrado á sabiendas su objeto, y que la sabiduría infinita ha hecho un acto indigno de cualquier hombre razonable.—Se dice, no obstante, que los fieles podían escuchar, al menos en sus asambleas, la lectura que no pudiesen hacer por sí mismos.—¿Y cómo hubieran podido asegurarse entonces de que no les engañaban, ya fuese leyéndoles otra cosa que la Biblia, ya truncando esa lectura, ya adulterando la traduccion del testo? Porque la lengua del testo original

lingworth habia dicho en menos palabras: «La Biblia es la religion de los protestantes.» (*The Dublin Review*, julio de 1836).

Sin entrar en la refutacion directa del sistema protestante, ¿no bastaría hacer esta sencilla observacion? Jesucristo enseñó oralmente su doctrina. Cuando envió á sus apóstoles á difundirla por el universo, no les dijo: «Id y haced leer la Biblia á todo el mundo;» sino que les dijo: «Id y enseñad á todas las naciones á observar todas las cosas que os he prescrito en mis mandamientos.» (San Mateo, XXVII, 19, 20). Finalmente, los apóstoles transmitieron oralmente esa doctrina, y encargaron á sus sucesores que la transmitiesen de la misma manera. «Conservad lo que habeis sabido de mí delante de muchos testigos, escribia San Pablo á su discípulo Timoteo, y comunicadlo á hombres fieles que sean capaces de instruir de ello á otros.» (II, *Timoth*, II, 2). De consiguiente, la enseñanza de Jesucristo ha sido oral; el modo de enseñar prescrito por él á los apóstoles y empleado por estos fué oral; la enseñanza de sus sucesores inmediatos fué oral; y hasta tal punto, que á mediados del segundo siglo, según testimonio de San Ireneo, muchos pueblos creían en Jesucristo por la autoridad de la tradicion, conservando fielmente grabados en su ánimo los preceptos relativos á la salvacion, y creyendo todos los artículos de la fé sin el auxilio de la Escritura (*Adv. hær.*, lib. III, c. IV). No es, pues, el sistema protestante el medio establecido por Jesucristo para hacer llegar con certeza á los fieles el conocimiento de su doctrina.

no hubiera sido comprendida por la inmensa mayoría de los oyentes. ¿Cómo hubieran podido los fieles entender y retener, por una simple lectura oída, tantos pasajes diferentes sobre puntos dogmáticos y morales? ¿Cómo hubieran podido comparar y coordinar todos aquellos que, aunque esparcidos, son relativos á un mismo objeto ó que necesitan ser explicados uno por otro (1)?... ¿Habrian podido atenerse á las afirmaciones y explicaciones de los pastores á quienes la reforma acusó precisamente de haberles hecho incurrir por espacio de tantos siglos, en los errores mas deplorables? Por otra parte, siendo falibles, según ella, todos los pastores en cuerpo, aceptando los fieles sin garantia posible para ellos sus afirmaciones y explicaciones, nunca hubieran tenido mas que un cristianismo fundado sobre una enseñanza sujeta á sus ojos á error, y de consiguiente se habrian visto precisados á aceptar una religion que debían mirar necesariamente con prevencion de que pudiera ser falsa.

Pero no es eso todo. Por el sistema protestante, para hacer conocer Jesucristo á los fieles su doctrina con certeza, habría adoptado un medio que sabía debía ser, aun después de inventada la imprenta, moralmente impracticable para la muchedumbre, é ineficaz lógicamente para todos. En efecto, suponiendo (cosa que Jesucristo sabía bien que no sucedería) que después de inventada la imprenta, los ejemplares de la Biblia en lengua vulgar hubiesen sido bastante numerosos, y el arte de leer estuviese bastante generalizado para que la multitud pudiera leer los libros

(1) Por ejemplo, Jesucristo dice en el Evangelio, según San Juan (capítulo XIV, 28): «El Padre es mas grande que yo.» Ateniéndose solo á estas palabras, se le creería hombre solamente, y solo comparando ese pasaje con otros en donde se halla afirmada claramente su divinidad, se reconoce al Hombre-Dios menos grande que el Padre por su naturaleza humana, igual al Padre por su naturaleza divina.

También se lee en el Evangelio, según San Lucas: «Cuando prepareis una comida ó una cena, no inviteis á vuestros amigos ni á vuestros hermanos.» (XIV, 12). ¿No es preciso comparar también este pasaje con otros análogos para deducir su verdadero sentido?



sagrados, ¿cómo hubiera podido asegurarse la mayor parte de los fieles de que el libro que tenían en las manos era realmente la Biblia? ¿de que los diferentes libros que la componen eran obra de los autores cuyos nombres llevaban? ¿de que por tantos siglos como tenía que atravesar, se conservase intacta sin que ninguna mano sacrilega hubiera añadido ni quitado nada importante? ¿de que su traducción era fiel, la traducción que por el cambio de algunas palabras y hasta por la sola puntuación puede destruir el sentido de los pasajes más importantes (1)?... En fin ¿cómo hubieran podido asegurarse de que la Biblia era la palabra de Dios? ¿de que, por ejemplo, el Evangelio de San Marcos y el de San Lucas fueron inspirados, sin embargo, de que ninguno de los dos autores recibió el Espíritu Santo el día de Pentecostés, como San Mateo y San Juan (2)?— Dicese que pudieron atenerse á lo que decían los sabios.— Pero no podían hacerlo sino abandonando el principio fundamental del libre examen individual para atenerse á la autoridad de aquellos y á una autoridad mirada necesariamente por ellos como falible. Y luego los mismos sabios

(1) Uno de los pasajes más formales en favor de la divinidad de Jesucristo es el siguiente, tal como se halla su puntuación en la Vulgata: *En quibus est Christus secundum carnem, qui est super omnia Deus benedictus in sæcula* (Rom, IX, 5). Grocio y Socin quitan á ese texto toda su fuerza con solo sustituir un punto á la coma que hay después de *secundum carnem*.

(2) Trátese de hacer leer á un fiel cualquiera dos capítulos que le sean igualmente desconocidos, uno de la epístola de San Clemente, y otro de una epístola de San Pedro, y preguntesele después cual de los dos fué inspirado; ó hágasele leer el *Eclesiástico*, que los protestantes admiten como inspirado, y luego el *Eclesiástico*, que no admiten como tal, y propóngaseles la misma pregunta. Pronto se verá por esa prueba si es posible á los fieles entregados á sí mismos distinguir lo que es *palabra de Dios* de lo que no es más que *palabra del hombre*.

Esta sola observación demuestra bastante lo falso que es el sistema de los protestantes que quieren que cierto resplandor de la Escritura sagrada baste para que los fieles distingan los libros canónicos de los que no lo son.

Puede verse en la *Verdad católica*, etc., por el obispo de Bayona, en la actualidad arzobispo de Tolosa, tom. II, carta 3.ª, la futilidad de algunos otros medios imaginados por los protestantes para dar á los fieles la certeza de que un libro es divino.

no han estado ni están acordes sobre todos esos puntos de los cuales depende el uso del medio imaginado por la Reforma. Por ejemplo, los sabios católicos han reconocido y reconocen como pertenecientes á la Biblia varios libros enteros, y ciertas partes de otros rechazados por los protestantes; y estos tampoco están acordes entre sí sobre este punto, pues los luteranos rechazan muchos que admiten los calvinistas (1). Por otra parte, en cuanto á las traducciones, se encuentran tantas y más divisiones aun entre los reformados. Lutero hizo una, y Zwinglio, después de haberla examinado, declaró que alteraba y corrompía la palabra de Dios. Calvino hizo otra, pero Dumoulin, célebre ministro calvinista, reconoció que hizo violencia al texto, y mezcló en ella trasposiciones y adiciones. Zwinglio hizo también la suya, y los luteranos le han dirigido los mismos cargos que él había hecho á Lutero. Ecolampadio y los doctores de Basilea dieron también la suya: pero Bèze la ha juzgado impía en muchos pasajes. Este publicó otra, y los doctores de Basilea le trataron á su vez de impío. Los ministros de Ginebra las juzgaron á todas viciosas, hasta tal punto, que emprendieron una nueva: Jacobo I, en el coloquio de Hamptoncourt, la declaró la peor y la más infiel de todas. Todavía se vió aparecer las de Tyndal, Coverdale y los obispos de la reina Isabel; pero adulteraban el texto de una manera tan visible, que en la época de su publicación se levantó un grito unánime de reprobación entre los sabios protestantes, igualmente que entre los católicos: y aunque nuevos traductores han corregido muchos errores voluntarios de parte de los que les habían precedido, «todavía han dejado, dice Milner, un número bastante grande, de los que no sé que sus abogados den ninguna excusa (2).» Finalmente, las traducciones francesas

(1) Véase la *Verdad católica demostrada*, ó *Cartas del obispo de Bayona*, en la actualidad arzobispo de Tolosa, t. II, carta 3.ª.

(2) *Excelencia de la religión católica*, por Milner, t. I, carta IX.



de Ostexvald (1) y de David Martin (2), reimpresas hace pocos años, ¿no presentan graves infidelidades en el Antiguo y Nuevo Testamento? Examinese el versículo 8.º del capítulo VIII del libro de Nehemías, el versículo 9.º del capítulo XVII de Jeremías, el versículo 24 del capítulo V de la epístola á los Romanos, el versículo 27 del capítulo IX de la primera epístola á los Corintios, y se hallarán adiciones al texto y hasta verdaderos contrasentidos inspirados por el único deseo de favorecer las doctrinas de la Reforma (3).

(1) Edición en 8.º de 1817: en casa de Smith en París.

(2) Edición en 12.º de 1827: en casa de Smith en París.—Edición de 1843, de la sociedad bíblica.

(3) En el versículo 8.º del capítulo VIII de Nehemías, en que se dice que los levitas leyeron el libro de la ley de Dios distintamente y de una manera inteligible, los traductores han puesto: *haciéndolo comprender por la Escritura*, añadiendo estas últimas palabras para apoyar su sistema de que la Escritura es la única regla de fé.

En el versículo 9.º del cap. XVII de Jeremías, se lee: *El corazón de todos los hombres está corrompido*, y ellos han añadido la palabra *desesperadamente* para apoyar este otro error; que el libre arbitrio se halla destruido en nuestra naturaleza degradada, y que la voluntad del hombre no es capaz mas que de pecar.

Enemigos de los honores tributados á María, en vez de decir con el griego y el latin del versículo 28 del cap. I de San Lucas: *Te saludo, llena de gracia*, dicen: *Te saludo, ó tú que eres recibida en gracia*: ó con Beze ó *tú, que eres amada graciosamente*.

En la epístola á los romanos (cap. V, 12), en vez de decir como el apóstol, hablando del primer hombre, *en el que todos pecaron*, dicen: *porque todos pecaron*: traducción falsa que el mismo Beze reprueba, despues de San Agustín, como una invención culpable de los pelagianos (Vease *Nov. Testam.* Th. Bezae, en folio, Cambridge, 1642, pág. 402).

San Pablo *trataba duramente á su cuerpo y le reducía á esclavitud, por temor*, decía (I. Cor., cap. IX, 27), *de que despues de haber predicado á los demas no sea yo mismo reprobado*. Los traductores le hacen decir: *por temor de que no llegue á ser yo mismo en cierto modo inadmisibile*, á fin de evitar en ese texto la condenación de la seguridad con que un protestante debe creer en su justificación y en su salvación como en la existencia de Dios.

Añadiremos que en la Biblia de David Martin se lee en el capítulo II de la epístola de San Pablo á los galatas: *El hombre no es justificado por la obras de la ley, sino solo por la fé de Jesucristo* (Galat., 1, 16); y que la adición de la palabra *solo* que no se halla en el texto, es una corrupción grandísima en favor de la pretendida justificación del hombre por solo la fé.

Y aun cuando la autoridad de los sábios, en vez de dejar á los fieles en la incertidumbre, les hubiese dado hasta hoy plena seguridad respecto de la autenticidad, de la integridad de la Biblia, de la fidelidad de las traducciones y de la inspiración del texto, todavía habría quedado una dificultad insoluble para ellos; la de conocer con certeza el sentido de ese libro sagrado. Todas las sectas protestantes tan numerosas y opuestas entre sí, no han cesado de apoyarse en la Biblia, interpretándola cada cual á su favor, y por otra parte la Iglesia católica mas estendida que cada una de ellas, ha creído ver siempre en las mismas negados los dogmas. En medio de esas contradicciones ¿qué sentido hubieran podido adoptar racionalmente los fieles?... Pretender que estos han tenido siempre la asistencia del Espíritu Santo para dirigirlos, al menos sobre los artículos fundamentales, es, en primer lugar, como ya hemos visto, suponer gratuitamente que hay en la revelación artículos esenciales y otros que no lo son, es suponer en Jesucristo la falta imposible de haber olvidado lo que se debía á sí mismo, y luego es afirmar en el aire un principio capital. ¿Qué garantía dan, en efecto, los reformados de esa existencia del Espíritu Santo para la lectura de la Biblia? Precisamente algunos textos de la Biblia, lo cual no es mas que incurrir en un círculo vicioso; y los textos alegados son tan poco claros y tan poco demostrativos que no solo los católicos, tan numerosos y á quienes no se les puede negar su justa parte de buena fé y de inteligencia, sino hasta los cismáticos griegos los han entendido siempre en otro sentido.

Pero vayamos mas allá, y admitamos, contra la verdad, que los fieles hayan podido asegurarse siempre de lo que hemos demostrado que debía ser para ellos un motivo constante de duda relativamente á la Biblia: admitamos tambien que hayan podido tener la certeza de ser asistidos del Espíritu Santo para la inteligencia é interpretación de ese libro; otra nueva imposibilidad viene á aniquilar todas



esas concesiones y á destruir el sistema protestante. ¿Qué medio han tenido nunca los fieles para saber si eran dóciles ó indóciles á la inspiracion del Espíritu Santo?... Lutero y Calvino, por ejemplo, han estado en completo desacuerdo sobre puntos muy esenciales. El uno admite como parte de la Biblia libros enteros que el otro rechaza como no inspirados: por consiguiente, el uno ha visto la palabra de Dios donde el otro no ha visto mas que la del hombre. Calvino ha hallado en la Biblia que *Dios es autor del pecado*, Lutero que *ese es un error abominable*; Calvino que *hay dos personas en Jesucristo*, Lutero que *no hay mas que una*: Calvino que *las buenas obras son inútiles para la salvacion*, Lutero que *son necesarias*; este que *es preciso adorar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia*, Calvino que *ese es un acto de idolatria*. Necesariamente, ó Calvino ó Lutero han incurrido en error sobre estos puntos diversos, y sin embargo, ambos á dos podian contar con la asistencia del Espíritu Santo, lo mismo que otro fiel cualquiera, segun el principio fundamental de la Reforma: de consiguiente, uno de los dos ha sido por necesidad indócil á la inspiracion divina. ¿Qué medio hay de conocer cual de los dos haya sido? Ninguno. ¿Qué medio tienen los fieles para saber si al leer é interpretar la Biblia obedecen ó resisten al Espíritu Santo? Ninguno; porque evidentemente, cuando Lutero ó Calvino han resistido á su impulso, sin que haya sido posible nunca discernir al culpable, todos los fieles colocados en las condiciones del sistema protestante, están espuestos á errar como ellos, y están lógicamente condenados á no tener nunca sobre este punto una garantia que los asegure. ¿Qué digo? deben lógicamente dudar con tanto mas motivo, cuanto que una multitud inmensa de católicos han leído siempre la Escritura, y han hallado hasta hoy en ella todo lo contrario de lo que encuentran los reformados, los cuales evidentemente no pueden atribuirse el privilegio esclusivo de ser asistidos del Espíritu Santo. Y nada se gana en sostener con

ciertos ministros, que el Espíritu Santo guia infaliblemente á las personas *bien dispuestas* (1), ó que *las obras, la práctica de la ley de Dios* dan á conocer bastante si uno es fiel ó no á ese divino guia (2). Porque por una parte queda siempre una cuestion insoluble, la de saber si se practica bastante fielmente ó no la ley de Dios, atendiendo especialmente á que el grande apóstol, ese *vaso de eleccion* (3), declara él mismo que *su conciencia en nada le remuerde, pero que no por eso está justificado* (4). Por otra, ¿cómo los protestantes pueden señalar las *buenas disposiciones* ó las *obras* como un medio seguro de conocer si se comprende bien ó mal la Biblia, cuando no ponen en duda que haya habido y que haya todavia entre los católicos una multitud de hombres *perfectamente dispuestos, de una virtud y una piedad admirables*, que lean ese libro sagrado como ellos, y crean con la mayor sinceridad y firmeza ver en él las doctrinas mas opuestas á las suyas, conducidos por ese mismo medio á convicciones religiosas que son, segun ellos, las mas falsas y condenables (5)?... Añadamos que la opinion de los que quieren que la *práctica de la ley divina* baste para asegurarse de si uno es fiel ó infiel al Espíritu Santo, es inadmisibile bajo otro punto de vista. Es preciso, en efecto, conocer la ley para practicarla; y en ese sistema es preciso

(1) Véase la *Religion del corazon*, por el abate de Baudry, parte tercera.

(2) Un ministro metodista me declaró á mí mismo que *las obras ó la práctica de la ley y de toda la ley* eran su criterio.—¿Lutero y Calvino, le dije, tenían las obras en el sentido que decís?—Sí, me respondió.—¿Pues cómo es que se hayan contradicho tenazmente en puntos capitales?

(3) *Actas de los apóstoles*, IX, 16.

(4) I, *Cor.*, IV, 4.

(5) Tavernier ha dicho de San Francisco Javier, que «la santidad de su vida fué una enseñanza tan elocuente como su palabra» (*Coleccion de viajes*); y Baldæus: «La vida entera de ese hombre, su celo, la santidad de sus costumbres deben inspirar á todo hombre que piense bien el deseo de imitar sus virtudes. ¡Oh Javier! ¡á Dios plugiera que hubieses sido uno de los nuestros!» (*Geschichte von Indien*).—«La Iglesia, que es la única que ha conservado el nombre y carácter de católica, dice tambien el ilustre Leibnitz, presenta y propaga ejemplos eminentes de las virtudes mas sublimes» (*Sistema teológico*).